

Temo la muerte porque está en el instinto, y por que no siendo virtuoso me espanta el infierno con que amenaza la religion; pero realmente no tengo otra esperanza risueña que morir. ¿Por qué no me he suicidado? lo repito; por miedo y por pereza: el día que los placeres, las pesadumbres ó las circunstancias me saquen de mi apatia dandome una actividad enérgica, estoy muy cerca de morir... ¡Romanticismo! ¡esageracion!.. ¡moda!.. esclamarán algunos riendose de mí: ¡ojalá que nunca tenga el que tal diga una de aquellas épocas, uno de aquellos momentos en que vemos el mundo lleno de sombras, y maldecimos la vida. Este estado es violento, anormal, no puede ser perpetuo; convengo, y espero que mañana cambiaré de ideas; pero entretanto padezco, y ya llevo en padecer diez años, los primeros de la juventud.

XXIII.

SIGUE LA HISTORIA DE UN BESO.

1839.—Enero.

Isabel vino á sacarme un rato de este delirio.

Volví á visitarla sin saber por qué, con mas frecuencia cada dia; y alguna vez estuvo tan amable conmigo que el amante que nos veia en silencio, se formalizó un poco. Entónces lo achaqué á mero capricho: hoy veo que la coquetería es en ella el rasgo mas saliente de su carácter.

Poco á poco fuí sintiendo mas gusto en verla, y arrostrando con el amante, á quien siempre encontraba de noche y me ponía mal gesto, me dejaba llevar de una fuerza interior que me violentaba dulcemente.

Comenzaba ya una época en que este capricho tomaba la forma determinada de un deseo, pues no la buscaba ya por mero pasatiempo: se me paseaba ya el pensamiento de hacerla mi querida. La veía

hermosa, y me causaban envidia los hombres que, segun el dicho de algunos, la habian poseido.

Antes de seguir, hagamos algunas reflexiones y una advertencia.

Esta es, que los apuntes de la historia de un beso los he hecho siguiendo dia por dia, hora por hora, la marcha de la intriga, qué quise consignar al papel por un nuevo capricho. Esta es la razon porque el capítulo presente está lleno de pormenores, y escrito en lenguaje de presente, familiar y aun difuso.

Las reflexiones preliminares son las que siguen.

Todo el mundo acusa á Isabel no solo de coqueta, sino de liviana; pero hasta ahora me fijo en la idea, á pesar de haberla oido hace mucho tiempo. Diferentes conversaciones con personas, hombres la mayor parte, que podian saberlo, confiancias hechas á mí en lo reservado, me hicieron creer que Isabel se habia rendido enteramente, no solo al amante actual y al marido, sino á otro hombre con quien tuvo sus primeros amores. Yo nada he visto, pero el primer amante tuvo á su favor la edad, el temperamento de Isabel y su atrevimiento; Victor contó con la ocasion y el despecho de una muger caprichosa, á quien se prohibe casarse con el hombre que aún dice que ama; el amante actual contaba en fin cuatro años de visitas nocturnas sin testigos ni obstáculos.

X Yo concibo, y disculpo, y apruebo que una muger ceda á los impulsos del amor, y se entregue á

su amante; pero no sé como llamar á la que tiene varios novios sucesivos y es fácil con todos ellos: una muger puede tener mil pretendientes; pero admitir los obsequios de mas de uno, es coquetería; puede pasarse, y para mí no es crimen, que una muger hasta se prostituya con un hombre solo, pero divertirse, engañar á algunos á la vez, es una infamia; y es casi evidente que miéntras Isabel mantenía sus relaciones con Victor, aun despues que habia abandonado la casa por la desaprobacion del padre, ella admitia un amante en su casa, donde permanecia encerrada, casi enclaustrada, arrostrando la maledicencia del público entero. Isabel, pues, dejó de ser para mí una muger pura, y la juzgaba segun esto una muger esplotable, aunque no entraba en el número de mis esperanzas.

Una pregunta. ¿No es muy posible que todas estas especies tengan su origen en la maledicencia y la envidia, y no en su mala conducta?

Pero un amigo mio (así llamo á todas las personas de mi conocimiento porque es la expresion usual) me dijo una vez ciertas palabras que movieron mi curiosidad, lisonjeando mi amor propio; y llegó por fin á hablar-me de este modo,

—Yo conozco á una muger que está enamorada de tí.

—¿De mí?—le repliqué.

—Sí: y una muger que lo vale.

—¿Quién es?

—Isabel.

—¡Isabel!... no lo creo; pero ojalá... ¿Y tú de donde lo sabes? ¿ella te lo ha dicho?

—Ni á mí ni á nadie creo que se lo diga, mas se le conoce.

—Pues por lo que toca á mí...

—Pero yo si lo percibo bien: frecuentemente habla de ti alabando tu talento y tu originalidad, se ocupa de las cosas que te suceden, y en fin á mí me ha dicho estas palabras;—Gabriel es un muchacho apreciable, inspira interes; yo no puedo estar junto á él sin sentir no sé que cosa...

—¿De veras?

—De veras: serás un necio si desperdicias la ocasion.

Estas palabras me hicieron cosquillas, encendieron mi amor propio y fueron el origen de todo. Yo creo á Isabel capaz de haber dicho esto; creo tambien que se lo dijo á un amigo mio para que llegara á mis noticias, y creo que la intencion del que me las confió eran sinceras: despues verémos el fundamento... desde ahora.

Luisa habia quebrado con su amante, y Victor estaba léjos: necesitaba un hombre con quien divertir sus noches, y gastar la inagotable inquietud de su imaginacion: sabia mi antiguo y acendrado amor á Serafina que me habia mantenido por espacio de siete años indiferente á todas las mugeres, y queria que le sacrificara yo á esta muger con todas las ilusiones que conservo todavía; en fin, me juzga un hombre austero, indiferentista, fuerte con-

tra las tentaciones, concedor de las mugeres, en una palabra, un filósofo segun dicen las gentes vulgares; y quiso hacer alarde de sus fuerzas probandolas con mi filosofia: hé aquí bastantes y fuertes razones para que formara un capricho respecto de mí.

Por otra parte, aunque sé que el amigo que me hizo la confianza es y ha sido pretendiente víctima de Isabel, no desconfié de él, ni temia nunca una traicion que quisiera hazerme para favorecer acaso sus proyectos, porque entónces no los tenia, y yo percibí que me habia hecho el favor de la noticia, en uno de aquellos momentos en que los hombres somos filántropos por impotencia.

Ya yo no pensaba en Isabel, sino como en un lance agradable, una conquista para la vanidad y el deleyte; un negocio pasajero que me dejaria buenos ratos, recuerdos alegres, y nada mas. Procuraba tantearla, escudriñar su corazon, espiar sus pensamientos, y esperaba una ocasion; porque yo no creia que debia hacer otra cosa: la juzgaba una muger de buen temperamento, frívola, caprichosa, amante de escenas violentas y originales, llena la cabeza de novelas, y capaz de sacrificar á un placer nuevo y bien buscado, el pudor que ya habia perdido tantas veces. Imaginabame mil escenas diferentes, ensayaba dentro de mí infinitos modos de comprar á su gusto el placer que me habia propuesto alcanzar, y esperaba el carnaval creyendo que entre la confusion y bulla de las máscaras, y

favorecido por la careta, se completaria un lance que debia terminar al punto.

Pero el curioso lector verá que á pesar de que las carnestolendas llegaron, yo soy un hombre que pienso y hablo mucho, todo lo comprendo y lo analizo á mi modo, y á pesar de cuanto miro, creo, y siento, no hago nada.

Isabel se ausentó de Búrgos por ir á pasear al campo algunos dias; la ví despedirse de mí alegre, fria; esto me picó cuando yo la creia empeñada en seducirme, é incapaz de abandonarme: pero ella estaba ya satisfecha de que podia descuidarme algunos dias porque ya estaba cogido en la red.

¿Me amaré en efecto Isabel? ¿Me atreveré á amarla? Estoy deshonrado, y una muger como ella no podria admitir el cortejo del hombre que desprecian todas.

Isabel pretende divertirse y no lo conseguirá. Haberse marchado sin consultar mi voluntad si quiera por fórmula!..... No volveré á verla.

Volvió ella del paseo, y en efecto no la ví, aunque para ello me hacia violencia. La revelacion que el amigo me habia hecho, escitaba mis deseos, mis esperanzas; sin embargo, tuve fuerzas para esperar y esperé, invocando la memoria de Serafina para no dejarme vencer de un deseo ya irresistible.

Febrero 18.—Es domingo de carnestolendas, y estoy de mal humor. Hace muchos dias que no tengo mas pensamiento que el de encontrar á Serafina en el baile, hablarle, bailar con ella, y con-

cebir á lo ménos una esperanza. Isabel ha entrado en mis proyectos de carnaval como un lance que estoy pronto á olvidar despues, y aun á abandonar si encuentro á Serafina ménos rigorosa. Mi mal humor consiste hoy en que el sastre no me traerá la ropa que debe servirme esta noche, y lo mismo que un niño alborotado para una fiesta, estoy renegando contra todos los hijos de San Homobono, y maldiciendo mi pereza, motivo que me proporciona este mal rato.

Llegada la noche me he contentado con sentarme á la puerta para ver entrar la concurrencia del baile; á Isabel no la ví; Serafina llegó á las once y media, tan linda, tan gallarda, tan llena de encantos é ilusiones como el primer dia que la ví; hasta su traje era igual, todo blanco.

Pasó junto á mí sin verme siquiera: sentí impulsos violentísimos de ir á casa, vestirme de cualquier modo y volver al salon: pronto cambié de idea, creyendo que en los ojos me conoceria la gente la ridiculez del enamorado; y llena la cabeza de ideas amargas, me fuí á acostar con la misma tristeza que si hubiera perdido la última esperanza.

Febrero 19.—En la mañana me han contado mis amigos los pormenores del baile de anoche, y he sabido que Isabel preguntó á algunos el motivo por qué no asistí; recibí ademas de su parte, un saludo amistoso, casi una reconvencion.

Mi humor es hoy mas negro que ayer: no podré todavía cumplir el capricho de estrenar un vestido

de moda, y me parece que sin él no podré hacer nada de cuanto me he propuesto; gozar del lance con Isabel y hablar á Serafina.

En la noche no he podido resistir, y con el mismo traje de todos los días me he metido en la sala, sin siquiera tomar ropa blanca limpia: mi amor á Serafina y su desden, son tan conocidos del público como la luz; y la amargura de mi corazón va tan bien marcada en mi semblante, que todos los máscaras se rien de mí, me dicen chuladas, y apelando al materialismo me aconsejan que me alegre y procure olvidar mis ilusiones de poeta por placeres más positivos y fáciles; yo no los escucho, y me fastidio sin bailar, sin hablar, sin hallar un objeto que me distraiga un momento de mi monomanía—Serafina.

Resuelto á hablarle, esperando después de muchos días oír una palabra suya aunque no fuera de amor, ó gozar la dicha, grande para mí, de estar sentado á su lado siquiera un momento, sentí la verdadera desesperación al verla en un palco (estamos en el teatro) no dispuesta á bajar al salón en toda la noche. Desesperado atravesé por en medio de los máscaras que hubiera querido desaparecer de un solo golpe, y fuí á sentarme á un rincón.

Isabel pasó vestida de máscara y la reconocí; cosa bien fácil para todo el mundo respecto de ella. Isabel tiene gusto en vestirse de máscara, pero no se disfraza: si permaneciera desconocida, perdería el baile todos los encantos, perdiendo necesariamente todas las ventajas de su posición.

Una mujer con la careta puesta, puede negar quien es aunque lleve cosida su fé de bautismo en la capucha del dominó; con esta garantía quedan satisfechas las leyes sociales, y con la evidencia que por otra parte se tiene de la identidad de la persona, se forma una lucha tan interesante como ventajosa para quien sabe manejar bien la lengua debajo del antifaz: una mujer puede llamar á un desconocido, repeler al amante, hacer avances, desdeñar, gozar en fin cuanto quiera y con quien quiera, segura de que, habiendo ganado reputación y placer durante la noche, al día siguiente puede levantarse diciendo, no he salido de casa, no he sido yo; y al paso que se desespera á los que darían un brazo por satisfacer su orgullo identificando ante el público la persona enmascarada de quien fueron favorecidos, ella puede afrontar la maledicencia, porque nadie le ha levantado la cortina de la careta para verle la cara y mostrarla á la concurrencia.

Isabel me saludó al pasar, y después de algunas vueltas vino á ocupar un lugar que casualmente estaba desocupado junto á mí.

—Estás muy triste—me dijo al sentarse.

—Estaba—le respondí—pero á tu lado me alegraré.

—¿Y por qué estabas triste?

--Qué sé yo.

—Las pasiones..... el corazón....

Apénas pudo llegar aquí nuestro diálogo: una porción de hombres vinieron á rodearnos llenan-

dola de flores, de lisonjas, de alabanzas, de tanto, que tuve que callar, permaneciendo así gran rato: despues llegó un enmascarado, le tendió el brazo, y ella n.e dejó diciendome:

—Ya vengo, ¿eh?

—Aquí te espero.

Todos los deseos que habia esperado realizar con ella esta noche, se habian disipado delante de Serafina.

X Sediento de verla me levanté para pasearme y mirarla: al pasar frente à ella le dirijí una mirada que mas que amor tenia desesperacion, y ella fijó los ojos en mí de una manera que me quedé clavado en el suelo sin dar otro paso. Bañandonos, abrasandonos, con la vista, permanecemos diez segundos, hasta que al fin bajé mis ojos no pudiendo contener la espresion de los suyos: yo la decia al mirarla—Me muero por tu amor;—ella me respondia.—Comprendo lo que por mí sufres, y te amo.—En este momento rápido pasó por mi imaginacion fascinada toda una historia de amarguras y placeres.

Serafina me ha humillado, me ha despreciado cuanto puede hacerlo una muger orgullosa con un hombre débil, y nunca he creido que llegará à amarme; debió pues, ser muy clara, muy franca la espresion de su mirada para que yo la hubiera comprendido: pero ilusion ó realidad, esta es la primera ocasion que sus ojos se fijan en mí de una manera que hagan latir el corazon: lo sentia de ve-

ras reventar, y la preocupacion de aquella mirada no se me disipará fácilmente.

No tuve ya cabeza para pensar mas en Isabel: volví á encontrarla algunas veces, cambiamos algunas frases y no me ocupé mas de ella, ni ella de mí.

Ví salir del baile á Serafina, y creo que me miró para despedirse: con ella se fueron mis ilusiones todas, y desesperado de no oír lo que me parecia leer en su semblante, esperé el fin de la fiesta con impaciencia, para hallar en el sueño el remedio de la inquietud, de la violencia que sentia, vacilando entre la esperanza y la duda. Al siguiente día

Febrero 20.—Contaba yo las horas, los cuartos, los minutos, y me martirizaba la lentitud con que corria el tiempo: no hallaba un objeto que pudiese distraerme de mi inquietud, dominandome una idea sola; la idea que por tantos años no he podido, no he querido que se borre de mi imaginacion.

En cuanto el sol comenzó á declinar, se fué disipando mi esplin, y los largos y difíciles pormenores de una *toilette* desusada para mí, me entretuvieron durante la tarde y las primeras horas de la noche: clavaba yo los ojos en el vestido con positivo é íntimo deleite, y lo queria y lo cuidaba como que veia en él la esperanza de mi amor; cada pieza que me iba ajustando al cuerpo, me hacia experimentar la sensacion mas dulce, y en fin, cuando me puse los guantes para salir de casa, era im-

posible aquietar los latidos de mi corazón, pudiendo apenas reprimir la sonrisa que à cada momento abría mis labios revelando mi satisfacción. Llegar, hablarla, oír la confesion de su amor y vivir feliz con ella; escuchar una nueva repulsa, y matarla, y matarme y matar à todo el mundo, eran para mí cosas tan fáciles y tan necesarias en aquel momento, que no podía prescindir de estas ideas.

Este conjunto de puerilidades, de alucinamientos, de extravagancias, me formaban una situacion que no puede comprenderse por todos, y que à muchos les parecerà equívoca y falsa, ó cuando ménos escagerada: recuerde, sin embargo, cada uno el tiempo en que estuvo enamorado, y entónces verá que nada hay en esta pintura de contranatural ó mentiroso.

Llegué al baile con el corazón alborotado y alegre como una sonaja; mis ojos brillaban, mi cara estaba animada y encendida; me ví disimuladamente al pasar frente à un espejo y quedé complacido de mi figura, no por vanidad, sino porque creyendo estar tan gallardo y apuesto como cualquier otro, tenía un medio mas de cautivar à Serafina que no me iba à ver con mi traje sucio y repugnante de todos los días.

Pero à poco tiempo comencé à avergonzarme interiormente de mi locura; y como un lugareño que se vé por la primera vez enmedio del gran mundo, me ruborizaba del traje, mis maneras tenían el encogimiento, la zurdería de la desconfian-

za, y temiendo caer en ridículo, como tanto petimetre novel é improvisado, casi me entristecí, y aun iba à salirme de la sala huyendo de Serafina, por temor de aparecer à sus ojos como un sér risible.

Ella estaba en un palco, y la preocupacion de que esta noche la habia de hablar infaliblemente, me hacia esperar que despues bajaria al salon; para mí era esta creencia un hecho, y espiaba el momento con una seguridad imperturbable. Entre tanto mi mal humor crecia, y para disiparlo mientras llegaba la hora suprema de tenerla en mis brazos, me decidí à tomar parte en el movimiento comun. Bailaba y charlaba con cuantas podia, decia epigramas, conversaba con los máscaras, en fin, comenzando friamente y como por fuerza, acabé por estar positivamente disipado y enagenado con el baile y los bailadores.

La concurrencia era esta noche tan lucida como numerosa; apenas se podia transitar por enmedio de un torbellino de moros, de pastores, de viejos, de templarios, de ninfas... y de dominós. Aquel murmullo sordo, pero penetrante de tanto tiple y tanta algazara; la luz y el calor de mil luces, la fatiga del baile, el entusiasmo de la música, me embriagaron por algunas horas, y como un jóven que prueba la primera noche de libertad en una fiesta, me entregué à la alegría franca y exclusivamente. Me empeñaba en conocer à las enmascaradas, y las decia requiebros; obsequiaba à las que me pa-

recian bonitas; hacia en fin, cuanto puede hacer un muchacho nuevo en este género de espectáculos: por mucho tiempo olvidé mi amor á Serafina, y casi temia que bajase á interrumpir mi alegría con su presencia. A Isabel la habia encontrado ya, y casi ufano de presentarme *en grand tenue*, lisonjeando su vanidad, corrí á hablarle con intencion de ejecutar esta noche mi proyecto, pero me recibió de tal manera, que me dejó como dicen, con la palabra en la boca, y me alejé de ella ofendido y como desengañado.

Despues de la media noche desapareció Serafina de su palco, yo la creí dormida en su cama, olvidada de mí, ó soñando con otro; y por despecho de ver burladas todas mis esperanzas, me entregué con mas furor á la locura del baile.

Mi enojo con Isabel no podia durar mucho tiempo. Volvi á encontrarla y me habló con dulzura: me satisfizo indirectamente, nos reconciliamos y traté de bailar con ella:

—Con los demas—me respondió—tengo que cumplir por la etiqueta; vd. es mi amigo y se esperará.

—¿Pero hasta cuando?

—Hasta que yo quiera.

—Pero....

—¿No tendrá vd. mas satisfaccion en bailar conmigo cuando yo tenga gusto de ello?

—Sí.

—Pues yo le robaré un rato á tanto impertinente que me persigue, y lo llamaré á vd. cuando....

—¿No esperaré en vano como otras veces?

—Si desconfia vd....

—Con tal de que vd. me lo prometa....

—Lo prometo, y yo misma lo llamaré para que bailemos el rato que le dedique.

—¡Oh! mil gracias.

—No hay de qué: si no tuviera gusto en ello, no lo haria aunque me lo rogara.

Me quedé callado, porque mi lengua confieso que es estéril para las lisonjas y los cumplimientos improvisados: pero sentí una especie de satisfaccion al oír tales palabras que eran un favorcito, una pequeña distincion. Con esto me conformé, y divertido ademas con la bulla de los máscaras, y las intriguillas ajenas, no pensé mas en la mia. La encontré varias veces, estuvimos juntos algunos ratos, y siempre se mostró amable y condescendiente; yo no le recordaba su promesa sino indirectamente temiendo ofender su delicadeza, ó fastidiarla, á pesar de que no faltaban muchas horas para que llegara la aurora.

De repente la veo bailando, entusiasmada, enagenada con Victor, y confieso que no pude apagar un sentimiento interior, no de zelos, porque no tenia motivo, pero sí de envidia, que viene á ser lo mismo. Despues escuché que se decian tiernas reconconvenciones y dulcísimas palabras; tan dulces que yo creí haber presenciado una reconciliacion. El amante último estaba tambien en la sala, y á lo ménos al parecer no hacia caso de ella. Vic-

tor solo se disfrazaba para hablar con ella, y el resto del tiempo ni se acercaba, ni la miraba siquiera.

Al terminar la noche, Isabel estaba solazando su fatiga á la sombra de un numeroso grupo de cortejos, entre los que estaba disfrazado Victor. Pasaba yo frente de ella, y abandonando á tanto adorador, me dijo tomando mi brazo.

—Este valse que sigue es para vd.

--Al fin....

--¿Pensaba vd. que me olvidaria?

—No creo merecer tanto....

—Bailemos.

X La sala estaba ya despejada, los músicos, fastidiados, tocaban con un compas violento para cansar pronto á los bailadores; Isabel me tendió los brazos con una malicia, con un abandono.... En fin, nos arrojamos á la corriente impetuosa de parejas que corrian al rededor de la sala entusiasmadas, ciegas, locas; y bailamos un valse.... delicioso; se confundian nuestros alientos, se tocaban los corazones, se devoraban los ojos, se identificaban las personas de la manera mas íntima que puede hacerse en un baile.

El valse debió ser inventado por un diablo muy epicureo ó un ángel desertado de las regiones puramente espirituales; solo el que lo baila puede comprender la sensacion deliciosa que se experimenta en medio de aquella voràgine de figuras originales, viendo pasar las luces, los cuadros, las cortinas, las

gentes, pero en una sucesion rápida, prodigiosa, que desvanece y embriaga, sintiendo que lo devoran unos ojos brillantes de entusiasmo, besando casi una boca que se sonrie disimulando la fatiga; espiando y abrazando un seno donde fermentan deseos que mal encubre el pudor... Se sigue el compas sin escuchar la música, se siente la cabeza desvanecida y gira uno firme y acelerado como un loco, los ojos saltan de las órbitas y nada se ve... La alegría, el entusiasmo, el amor nos impelen, y olvidamos á la muger que llevamos en los brazos.... los ratos en que la vemos la adoramos.... Isabel me dijo bien en otra ocasion. No puede bailarse valse sino con el hombre que se ama....

El golpe que dió el bastonero para terminar la danza, me pareció el aldabazo de la eternidad, y desperté de mi ensueño..... La fatiga, el entusiasmo, un sentimiento indefinible no me dejaba decir sino palabras entrecortadas é incoherentes, que sin embargo decian mucho; ella ménos agitada y con mejor sangre fria, me respondia con frases lisongeras y miradas espresivas.

El carnaval terminó en fin; con la aurora salí del teatro despues de haberme despedido de Isabel á quien prometí ver muy pronto. Cuando llegué á mi recámara y cerrando las puertas para evitar la luz del sol, me tiré medio muerto en la cama, donde tuve un rato de delirio y de amargura. El tiple de los máscaras y la música resonaban en mis oidos; veia pasar mil fantasmas estrañas por la imaginacion; mi-

raba en deredor de mi cuarto y desconocia los muebles, las figuras, las sombras que se producian..... El recuerdo de siete años de esperanzas perdidas, me hacian prever un porvenir entero vacio y triste; el remordimiento de perder la ecsistencia como ha-aquí en el ocio y los placeres me amargaba..... el recuerdo de Isabel no podia consolarme; no era ella mi objeto, sino Serafina; por quien hubiera sacrificado todo.

Un calor irritante me hacia revolcar en la cama, hasta que al fin me levanté despues de un breve sueño agitado é interrumpido.

Febrero 21.—Todo el mundo sabe lo que se siente el dia posterior á una gran fiesta; cansancio, fastidio, tristeza, amargura; el sol no caliente, y su luz parece opaca y amarilla; todo se ve oscuro; en torno nuestro nos parece escuchar el silencio de un desierto; creemos estar solos en medio del mundo, tan léjos así vemos los días pasados, y tan léjos así están los días del porvenir.... Solo los lazos del placer nos unirian otra vez con los hombres, con la vida, con la alegría.... Y el placer está terminado, agotado, sin esperanza de volver á gozarlo: tanto así es nuestro fastidio y nuestra saciedad.

De este modo pasé el dia, apurando el disgusto de mi situacion sin levantarme de un lugar. En la noche dormí temprano y bien, gracias al cansancio; no soñé y me levanté muy tarde.

Febrero 22.—Hoy salí á la calle por la curiosidad de oir los pormenores, las intrigas, los comentarios

que cada uno tendria que contar de las fiestas pasadas. Un carnaval es en todas las ciudades donde se celebra con bailes de máscara, un gran acontecimiento, y fuente de discusiones de lances y recuerdos para muchos dias; con tanta mas razon en Búrgos, lugar en que la sociedad tiene todo el año una ecsistencia sedentaria y monótona.

Comencé despues á sentir el deseo de ver á Isabel, pero me parecia inoportuna todavía una visita, y esperé algun tiempo.

Febrero 23.—A las ocho y media de la noche he llegado á casa de Isabel, á quien he encontrado casi durmiendo en un butaque.

—Me alegro que haya vd. recordado en donde vivo—me dijo incorporandose.

—¿Dormia vd....? Sentiré....

—Al contrario: he recibido gusto de verlo.

—¿Está vd. cansada ó enferma?

—Triste, muy triste: las noches son horribles para mí.

—¿Por qué?

—Siempre sola, me muero de fastidio; deseo alguna gente con quien hablar; pero no tengo visitas.

—Antes veia aquí casi siempre al Sr. D. Jacinto de.....

—Hace ya unos meses, dos ó tres lo ménos, que no me visita. (Yo iba à preguntar el motivo, pero me contuvo la idea de ser indiscreto; y por otra parte, me bastaba saber el hecho). De dia á lo

ménos—añadió—hallo distraccion en mis quehaceres mugeriles, pero las noches....

—Esta á lo ménos, no la pasará vd sola.

—Ya lo veo, y me alegro.

—Si no temiera fastidiar á vd., vendria á verla conmas frecuencia.

—Vd. nunca me fastidia, Gabriel: favor me haría en venir á platicarme de noche.... Y vamos, cuenteme vd., ¿qué tal se divirtió en el carnval?

—Vd. lo vió; á no ser el rato que bailamos....

Tambien yo estoy triste, muy triste.

—Pues nos consolarémos los dos.

—Ojalá.... Y vd. nada me ha dicho de su paseo: habrá vd. estado muy contenta, muy divertida.

—¡Oh! sí, mucho.... Cuando salgo de Búrgos se me olvida todo.

Hasta yo—dije entre mí, y esta idea que tan franca ó imprudentemente confesaba ella con su *todo*, no me gustó mucho.

—¿Qué hacian?

—Cuanto se hace en el campo.... Además, cada noche teniamos baile, y cada día un convite; de modo que solo el tocador nos robaba la mayor parte del tiempo: así siempre estabamos disipadas.

—Me alegro:—dije tristemente.

—Hace mucho tiempo que yo no hago sino andar de fiesta en fiesta, cantando, bailando, brincando, riendome, desvelandome.... solo así puedo pasar la vida, y olvidar mis tristezas.

Yo entendí al oír esto que me quería decir que

habiendo quebrado con Jacinto necesitaba consuelos, y formé el propósito de aprovechar la insinuacion.

De esta manera seguimos platicando por mas de una hora que duró mi visita.

En esta especie de conversaciones entre dos personas que tienen un pensamiento que recatar, al mismo tiempo que el deseo de dejarlo percibir, es imposible describir todas las modificaciones que toma la voz, los diferentes acentos que se ponen á las palabras, el diverso giro de las frases; en estas escenas las palabras pierden su significacion literal y comun, por otra convencional, que en el momento le da una sonrisa, un gesto, una mirada de que van acompañadas; todo es ficticio en estos casos; las almas necesitan espresiones tan vagas y problemáticas como su deseo, tan nuevas como las situaciones improvisadas que se van sucediendo; y á falta de poder inventar un idioma *ad hoc*, se sirve uno del que usa todos los días, cambiando el sentido de las frases con nuevos acentos que el ingenio inspira, ó se aprenden en la sociedad del gran mundo. No se estrañe, pues, que muchas veces le dé un sentido contrario ó diverso á mis frases ó las de Isabel. Nuestro lenguaje debe ser en todos casos como el de la Biblia, enigmático y parabólico; siempre sujeto á la interpretacion, para decir en él cuanto quiera comprender el otro, sin por esto quedar comprometido.

Sistema que practica Isabel con todo estudio,